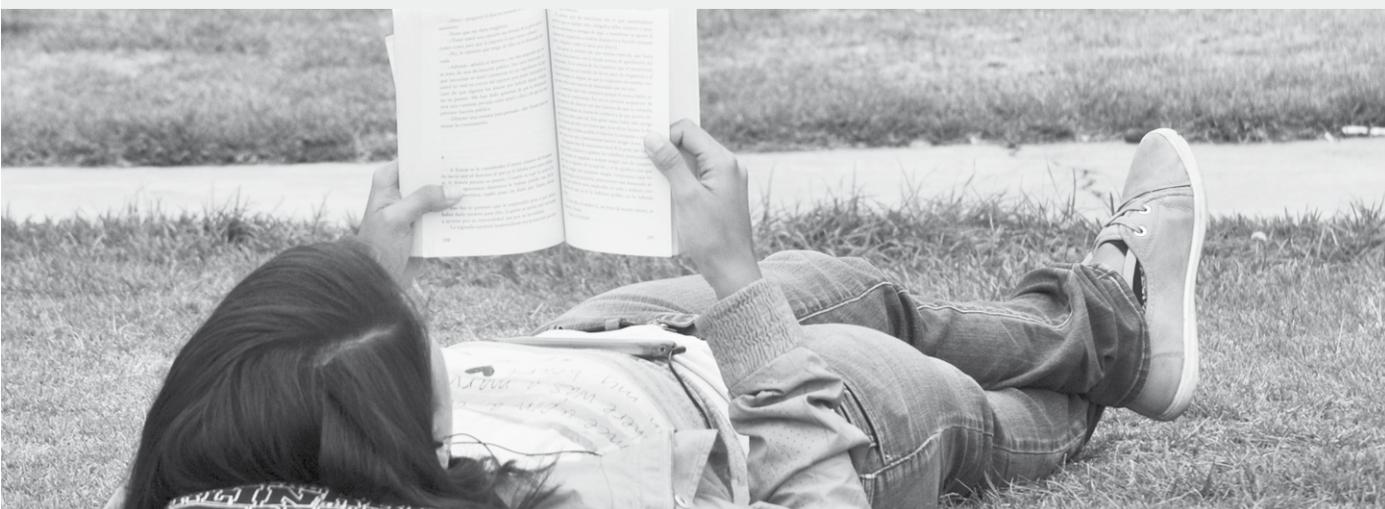


Luis Villoro, filósofo mexicano y universal

Luis Villoro, Mexican and Universal Philosopher

Texto recibido: 20 de julio de 2016
Texto aprobado: 20 de agosto de 2016

Por Alberto Luis López*
FES Acatlán, UNAM



Fotografía: Archivo Histórico del Colegio de Ciencias y Humanidades. S.C.I. 2017

Resumen:

A lo largo del presente texto, se hará un recuento de las principales aportaciones de Luis Villoro Toranzo, como un homenaje a tres años de su muerte.

Palabras clave: Poder, crítica, vida, filosofía, política.

Abstract:

Throughout the present text, an account of the main contributions of Luis Villoro Toranzo will be made as a tribute to three years after his death.

Keywords: *Power, critical, life, philosophy, politics.*

* Profesor de Filosofía Moderna y Filosofía en México en la FES Acatlán. Doctor en Filosofía con *Mención Honorífica* por la Universidad Nacional Autónoma de México. Maestro en Filosofía por la Universidad de Barcelona (España) y Licenciado en Filosofía por la Universidad de Salamanca (España). Realizó una Estancia de Investigación Doctoral en el Trinity College de Dublín (2012). Miembro de la *International Berkeley Society* y del Seminario de Historia de la Filosofía del Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM. Forma parte del Comité de Redacción de la revista *Scientia Helmantica* de la Universidad de Salamanca. Correo electrónico: albertograco@yahoo.com.mx.

Luis Villoro Toranzo (1922-2014) decidió dedicarse a la filosofía, según él mismo llegó a comentar, porque quería encontrar una respuesta al problema del sentido de la vida. Su inquietud no iba en la misma dirección que la de Albert Camus, pues no inquiría, como hizo el argelino en su magnífico ensayo *El mito de Sísifo* (1942), si la vida valía o no la pena de ser vivida. El sentido de la vida para Villoro tenía que ver, más bien, con cómo había que vivirla. Esta primera inquietud, que se convirtió en una importante inquietud filosófica, se enriqueció al ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras, ubicada en aquél entonces en el edificio de Mascarones en la Ribera de San Cosme. En esos años conoció a quien señaló como su único y verdadero maestro: el “transterrado” José Gaos. En dicha Facultad, el futuro autor de *Los grandes momentos del indigenismo en México* (1950) formó parte del grupo *Hiperión*, bajo la tutela del propio Gaos y de Samuel Ramos. Este grupo desarrolló su mayor actividad entre 1948 y 1952 y tuvo como propósito central filosofar en español (Villoro, 2008), con el mayor rigor y la mayor originalidad posible, y hacerlo desde y sobre su realidad circundante, esto es, desde y sobre México. Los *Hiperión*, y entre ellos Villoro, creían que reflexionando con seriedad y rigor sobre los problemas mexicanos participarían en la transformación de la realidad nacional, objetivo que todos ellos asumieron como compromiso de vida.

Villoro decidió complementar su formación filosófica en Europa, específicamente en Francia y Alemania, y a su regreso a México el autor de *El proceso ideológico de la revolución de independencia* (1953) ya destacaba por ser un filósofo riguroso pero sobre todo lúcido, pues comenzó a escribir sobre autores tan diversos como Maquiavelo, Descartes, Marx, Husserl y Wittgenstein, a la par que se fue interesando cada vez más por áreas de la filosofía, aparentemente disímbolas, pero para él complementarias como la ética, la teoría de la cultura, la filosofía política, la epistemología, la fenomenología, el historicismo, el marxismo o la filosofía analítica. Sus intereses filosóficos, sumados a su excepcional labor pedagógica, reconocida por generaciones enteras de alumnos que tuvieron la fortuna de ser sus alumnos, son descritos por Isabel Cabrera, su sobrina y otrora alumna, al escribir sobre él con motivo de sus 90 años:

Recuerdo sus clases sobre el *Tractatus*, un curso maravilloso que duró varios trimestres donde analizamos casi aforismo por aforismo (aunque saltamos algunos enredadamente lógicos). El primer Wittgenstein le fascinaba, y siempre prefirió el *Tractatus* a las *Investigaciones*, un libro más sistemático, ordenado y también ambicioso; se sentía atraído, especialmente, por la salida final hacia una suerte de mística atea, desligada de las rancias instituciones religiosas. Por aquel entonces –a finales de los años setenta–, Villoro ya poco hablaba de Husserl, estaba escribiendo *Crear, saber, conocer*, y era su época más analítica. (2013)

Además de todos estos temas, hubo uno especialmente importante en su vida, ya que de alguna manera incluía el conjunto de sus intereses filosóficos; ese tema fue el del poder que, junto con su preocupación por el sentido de la vida, constituyeron su gran motivación a lo largo de su longeva vida.

La manera en la que el autor de *La idea y el ente en la filosofía de Descartes* (1965) se acercó al tema del poder no fue a la usanza de muchos otros filósofos, que pese a interesarse por un tema en particular se sienten totalmente ajenos al mismo porque sólo lo ven como un objeto de estudio, que por más interesante que sea no hace falta comprometerse vitalmente con él. Luis Villoro, quien nació en Barcelona, por su parte, no sólo se interesó profundamente por la cuestión del poder sino que siempre lo hizo críticamente, pues desde pequeño, tal y como narra su hijo Juan en un artículo sobre su padre (Villoro, 2013), supo que el poder en un país como México había sido, y lo es, un medio de dominación, control, explotación y saqueo. Su actitud crítica frente al poder se reflejó en su rechazo a toda forma de ortodoxia, a toda forma de poder dominador, ya fuese político, religioso o incluso filosófico. Esta actitud suya, que –como he dicho– asumí vitalmente, es la que ha propiciado que muchos de los que han escrito sobre él, como es el caso de Guillermo Hurtado, lo hayan hecho en los siguientes términos:

Villoro ha cultivado un equilibrado pluralismo filosófico. Para él ninguna filosofía debe tomarse como la verdadera, ninguna debe convertirse en dogma. Sin embargo, él siempre ha insistido en que no cualquier cosa puede pasar por filosofía y mucho menos por buena filosofía. La filosofía genuina, según él, debe ser el ejercicio riguroso de una razón autónoma y, sobre todo, de una razón al servicio de la vida. (Hurtado, 2008).

El escritor de *Signos políticos* (1974) y *Estudios sobre Husserl* (1975) siempre se caracterizó por ser un hombre congruente que actuaba acorde a sus ideas, pues –reitero– no sólo criticó el poder como concepto filosófico-político sino que también lo hizo en su vida profesional y personal. Esto se ve reflejado en el artículo de opinión de Vilma Fuentes, quien al hablar sobre la estancia de Villoro en París, en la época en que fungió como embajador de México ante la UNESCO (1983-87) rememora sobre su comportamiento: “Sencillo, Luis prefería tomar el Metro y dejar el auto a Margarita, su mujer. Habría querido renunciar a los gastos de representación, pero creo que pusieron el grito en el cielo colegas escandalizados por este atentado contra los privilegios” (2014).

Su enorme interés por el tema del poder lo llevó a considerar que la filosofía debía adoptar una actitud “disruptiva” frente a él, ya que debía cumplir la función de romper con las creencias y el poder, desde luego, se basa éstas. En

su ensayo de ingreso al Colegio Nacional, pronunciado el 14 de noviembre de 1978 y titulado *Filosofía y dominación*, recuperó la cuestión del poder al argumentar lo siguiente:

La filosofía ha sido vista a menudo como un ejercicio corrosivo del poder. Desde Grecia, el filósofo genuino aparece como un personaje inconforme, cínico o extravagante, o bien desdeñoso de la cosa pública [...] Con frecuencia es tildado de corruptor, de disolvente, de introductor de peligrosas novedades. A lo largo de la historia, casi todo filósofo renovador ha merecido, en algún momento, alguno de estos epítetos: disidente, negador de lo establecido, perturbador de las conciencias, sacrílego o hereje, anárquico o libertino, reacio e independiente, cuando no francamente revolucionario. En efecto, la actividad filosófica auténtica, la que no se limita a reiterar pensamientos establecidos, no puede menos de ejercerse en libertad de toda sujeción a las creencias aceptadas por la comunidad: es un pensamiento de liberación. (Villoro, 1978, p. 226)

Para el autor de *Creer, saber y conocer* (1982) la actividad filosófica tiene que cuestionar las creencias adquiridas con el propósito de acceder a otras basadas en la propia razón, en ese sentido cada quien debe examinar por sí mismo los fundamentos de sus creencias. Por eso asumió que la transmisión de una verdad filosófica es lo contrario del adoctrinamiento, pues no se enseña, sino que cada uno, por sí mismo, debe alcanzarla. La filosofía, por lo tanto, no consiste en comunicar opiniones o en inculcar dogmas, sino en hacer ver las razones, los motivos, los porqués, en los que se funda una creencia, de tal modo que el otro haga suya cierta creencia si y sólo si los fundamentos en que ésta se basa se le imponen a su propio entendimiento. En otras palabras, para el autor de *El concepto de ideología y otros ensayos* (1985):

Comunicar una verdad filosófica consiste en abrir a la mente ajena para que ella vea, por sí misma, las razones en que se funda. [...] En efecto, frente al adoctrinamiento de las mentes por las voces exteriores, la actividad filosófica pretende despertar en cada quien su propio "maestro interior", como llamaba San Agustín a la voz de la propia razón. Así la reforma del entendimiento libera la mente de su sujeción a las creencias impuestas y la pone en franquía para aceptar las que vea por sí misma. (Villoro, 1978, p. 229)

Para el que fuera investigador emérito del Instituto de Investigaciones Filosóficas (UNAM) desde 1989, la filosofía debía emancipar a la razón de la dominación de las convenciones, en aras de romper con la sujeción de los aparatos conceptuales que reiteran el dominio sobre ella.

Su sempiterno interés por la vida aparece también en la mencionada alocución de ingreso al Colegio Nacional, en donde arguyó que la filosofía no estaba desligada de la búsqueda por la “vida buena”. Al leer esas palabras inmediatamente surge en el lector la pregunta por lo que sea esa vida buena. Seguramente para el Premio Universidad Nacional en Investigación en Humanidades (1989) no fue fácil responder esta interrogante, más aún porque cada filósofo ha dado una respuesta distinta sobre el asunto; pese a ello, y seguramente luego de años de reflexión, afirmó lo siguiente:

La búsqueda de la “vida buena” se inicia en un cambio de actitud: rechazo de valores y formas de vida usuales, y elección de otros valores no cumplidos cabalmente. La vida buena no se realiza siguiendo las convenciones reiteradas día con día, que mantienen unida a la sociedad y permiten la continuidad de un orden. Por lo general, la postulación de la “vida justa” deja de confirmar las creencias morales que justifican esa práctica social e implica la aceptación de una moral más alta, que rompe con usos y valoraciones establecidos. A menudo, ese cambio de actitud llega hasta una inversión de valores: en su límite, la vida buena supone la elección de lo otro, de lo distinto a la práctica reiterada en la sociedad establecida. (Villoro, 1978, p. 230)

Al parecer la vida buena tiene una relación de sinonimia con la vida justa, lo cual se va confirmando cuando el autor de *El pensamiento moderno. Filosofía del Renacimiento* (1992) argumenta que:

En una civilización enajenada por el lucro y la explotación, será el filósofo quien postulará de nuevo lo otro: un mundo futuro donde el hombre llegaba a ser hermano del hombre. Cualesquiera que sean las formas en que se presente la vida nueva, coinciden en un punto: es siempre liberación y autenticidad. La sociedad de dominación existente no realiza esa vida; para acceder a ella hay que romper con el conformismo de ideologías o morales convencionales. La “vida buena” se coloca, de algún modo, “fuera” de las prácticas sociales dominantes: se proyecta en un mundo de utopía, se refugia en una pequeña comunidad de sabios, se encierra en la altiva independencia del individuo o se concreta en un grupo o clase social impugnadora del dominio. La vida buena es lo otro en el seno de la sociedad existente. (Villoro, 1978, pp. 230-231)

Su interés por la sociedad y el sentido de la vida, así como su crítica al poder, pudieron conjuntarse gracias a la aparición del EZLN en 1994. Este movimiento, pues, unificó en la práctica sus dos grandes intereses teóricos, pues al actuar a partir de su propia Máxima “mandar obedeciendo” Villoro encontró nuevas y buenas aportaciones a la filosofía política, pues la democracia, tal y como los indígenas zapatistas

la ejercían, era verdaderamente representativa porque era directa, deliberativa y ejercida dentro de pequeñas comunidades (pueblos, gremios o barrios) en las que la asamblea tomaba decisiones por consenso, de ahí que en *Los retos de la sociedad por venir* (2007) asumiera, quizá como reflejo de su experiencia zapatista, que “la realización de la libertad individual tiene pues una condición: el respeto a la pertenencia del individuo a una comunidad de cultura, es decir a un pueblo” (Villoro, 2007, p. 161). Estas y otras lecciones las aprendió de los zapatistas y no de Rawls o Kymlicka, autores que estudió profundamente pero con quienes mantuvo ciertas diferencias, pues, pese a sus grandes aportaciones, sus ideas no podían aplicarse acríticamente en naciones multiculturales como México. Eso fue, en parte, lo que marcó sus diferencias con ellos.

El filósofo mexicano asumió a lo largo de su vida, fruto de sus lecturas filosóficas y sus experiencias de vida, que la filosofía era la actividad disruptiva de la razón, y por lo tanto debía tener como objetivo último reformar el entendimiento en aras de dismantelar las onerosas estructuras de dominio y exclusión, profundamente arraigadas en la razón humana. Sólo suprimiendo tales estructuras podría alcanzarse eso que llamó la “vida buena”, la “vida justa”. En cierta medida ése fue el propósito de toda su filosofía, el acercarnos, aunque fuera un poco, a tan hermoso ideal. Luis Villoro Toranzo, filósofo mexicano, filósofo de la vida, filósofo crítico del poder.

Referencias

- Cabrera, I. (8 de diciembre de 2013). Luis Villoro: nueve décadas y más. *La Jornada*, 979.
- Fuentes, V. (16 de marzo de 2014). Luis Villoro. *La Jornada*.
- Hurtado, G. (2008). Retratos de Luis Villoro. *Revista de la Universidad de México*, 49.
- Villoro, J. (8 de diciembre de 2013). La taquería revolucionaria. *La Jornada*, 979.
- Villoro, L. (1978). *Filosofía y dominación*. México: Colegio Nacional. Recuperado de <http://www.colegionacional.org.mx/sacscms/xstatic/colegionacional/docs/espanol/villoro_discing.pdf>
- Villoro, L. (2007). *Los retos de la sociedad por venir*. México: FCE.
- Villoro, L. (2008). Pensar en español. *Arbor*, 184(734).